



K O I N O N I A

... juntos en camino

CONFERENCIA DE ASISTENTES ESPIRITUALES GENERALES DE LA OFS Y LA JUFRA

2020 – 2

Año 27

n.106

LOS FRANCISCANOS SEGLARES EN TIEMPOS DE GRANDES CAMBIOS

"El franciscano seglar y el Emigrante"

Fr. Pedro Zitha, OFM

Introducción

Durante muchos siglos muchas personas se han visto obligadas a vivir un éxodo, la emigración de su tierra, y este problema todavía se destaca hoy en día como un verdadero flagelo para poblaciones enteras. La emigración sigue siendo, por lo tanto, un tema de debate constante, que alimenta más el debate que la acción práctica. Es la paradoja de este tiempo de la globalización y la globalización nos hace decir que ‘el mundo es una aldea global’, pero en el que las naciones siguen divididas, cerradas y hostiles más que nunca. La emigración y sus consecuencias, la inmigración arraigada en el contraste ‘entre nosotros y los otros’ está causando cada vez más un gran número de conflictos internos, que se manifiestan en enfrentamientos entre nacionalidades, etnias, afiliaciones políticas o creencias religiosas, especialmente a expensas de quienes son perseguidos en su país de origen, lo que resulta en un empeoramiento del problema en las naciones de refugio. Desafortunadamente, el hombre parece no tener memoria de la historia y a menudo se niega a aprender del pasado. Sería hermoso y constructivo que todos tuvieran la conciencia de ser peregrinos en el mundo, para no considerar a nadie como ‘un diferente’ porque pertenecen a otra nación.

Emigrante por naturaleza

Para el hombre, desde el principio de la creación, ‘el viajar’, siempre ha sido una actitud ‘natural’ que puede ser impulsada tanto por el placer como por la necesidad de salir en camino para buscar nuevos espacios o nuevas oportunidades a fin mejorar las propias condiciones de vida. ¡La Biblia es el mayor ejemplo en la historia de un Pueblo migrante en busca de un hogar definitivo! El hombre se encontró libre de vivir y moverse por toda la tierra, y de vivir donde quería, porque entendía que Dios le había confiado el mundo entero confirmando esta confianza con el sello de su bendición “... llenen la tierra; sométanla y **dominen** sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo y sobre cada cosa viviente y las que se arrastran sobre la tierra...” (Génesis 1, 28). En este contexto, el término “**Dominar**” no significa que el hombre deba abusar del poder sobre las otras

criaturas que se le han confiado, sino que debe comportarse hacia ellos como un hombre sabio y buen administrador al que se le ha cedido el cuidado de toda la Creación. Este ‘don’, parte del plan de Dios, hace que el hombre participe plenamente en la obra misma de la Creación! Aquí asistimos a un acto divino de gran originalidad, es decir, otorgar al Hombre una ‘participación integral’ en la vida humana y creativa, encomendándole la tarea de guardián y administrador de la Creación, y cooperar en la difusión del mensaje evangélico.¹ Sin embargo, no se puede ignorar el hecho de que, a veces, son los vicios del egoísmo y los celos los que pueden cambiar el comportamiento del hombre, haciéndolo de un administrador bueno y estable a un lobo feroz y en constante movimiento. También hay que señalar que este ‘ponerse en camino del hombre’ ha sido a menudo causado por actitudes relacionadas con su ‘ego’ o con actitudes adoptadas en respuestas al ‘desafío’ del otro. Un ejemplo de este modo lo encontramos en la historia de Caín y Abel. “Caín se alejó del Señor y vivió en la tierra de Nod, al este del Edén.” (Génesis 4, 16). Emblemática en este sentido es también la historia de Abram y Lot, hijo de su hermano. Se dirigieron al pueblo de Canaán y aquí, por razones sociales y familiares, se ven obligados a separarse, y esto lleva a Lot a elegir otro camino para sí mismo (cf. Génesis 12;13). Entre las muchas otras historias de emigrantes y emigración de las que la Biblia nos habla también es relevante también la que habla de la fuga a Egipto de José y María con el Niño Jesús. (Mt 2.13)

Incluso hoy nuestra historia es una historia de emigración e inmigración que continúa repitiéndose, de diversas formas y maneras, confirmando que, a lo largo de los siglos, el éxodo del hombre nunca ha tenido un respiro. Esta situación fue y se debe tanto a razones sociales como políticas o económicas. Por supuesto, como dice el Papa Francisco, “desde entonces, la historia del pueblo de Dios -la historia de la Iglesia- siempre está marcada por salidas, desplazamientos, cambios”.² Después de las dos guerras mundiales, debido a las persistentes guerras civiles en África y América Latina, para algunos pueblos la historia de la emigración es una cicatriz impresa en sus corazones y aunque muchos de ellos se han integrado en una sociedad específica, esto nunca quitará el dolor causado por haber sido forzados a abandonar su patria. Para algunos, la llegada a una nueva patria marca el amanecer de una vida llena de nuevas oportunidades, mientras que para otros, marca el comienzo de una intrusión injustificada. Obviamente en cualquier tipo de desplazamiento o cambio, independientemente de las razones o razones que lo justifiquen, será imposible evitar la nostalgia por el país nativo y el dolor por las lesiones que este hecho ha causado en las personas involucradas. A veces, esta nostalgia y estas heridas pueden ser profundizadas tanto por la utopía de las ideologías como por aquellas actitudes nacionalistas dirigidas a crear una supremacía de un lado sobre el otro en una confrontación desigual que se genera entre poblaciones que tendrán que ‘vivir’ en el mismo espacio geográfico. La humanidad siempre se ha identificado con pertenecer a una tribu, una etnia, cultura, religión, nación, etc. ‘¡las aves de la misma pluma se unen!’ No debe considerarse negativo en un primer momento que se quiera ‘defender’ la propia identidad, pero se convierte en problema cuando este hecho se convierte en una razón para la ‘guetización’ del otro, o sea razón para considerarlo como no perteneciente a la misma ‘estirpe’, con la actitud constante de rechazo y limitación de aquellos derechos que son suyos como ser humano. En consecuencia, el hombre se ve obligado a caminar y moverse en busca de lugares donde pueda vivir su vida con

1 Cfr Juan Pablo II, Exhortación Apostólica post-Sinodal, *Christifideles Laici*, sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, Editorial Vaticana, Roma, 1988, 15.

2 Discurso del Santo Padre Francisco a la Curia Romana por los saludos de Navidad, sala Clementina, sábado, 21 de diciembre del 2019 www.vatican.va documentos papa-francisco _20191221_curia-romana.

mayor dignidad en unidad y paz. "Se calcula, en efecto, que, a escala mundial, la mayor parte de los migrantes se mueve dentro de la propia nación, incluso con ritmos estacionales"³ y aún allí, en los países de origen, las condiciones sociales, económicas y políticas son tan severas que el emigrante se ve obligado a ponerse en camino hacia países distantes, a riesgo de sus propias vidas, con la ilusión de encontrar mejores condiciones de vida.

Francisco de Asís y el hermano desconocido

En el hombre, en cada hombre, hay una actitud de autodefensa y una sensación de miedo hacia el otro, especialmente si es un extraño. La reacción a estas situaciones, si se apoya en el desconocimiento, es la de no querer encontrarse con otros, y esta actitud a veces se convierte en una fuente de repudio e intolerancia, provocando el cierre hacia la novedad del otro que no se ve como un don sino como un problema. Lo desconocido, en algunos casos, incluso se considera un peligro. La historia de los israelitas exiliados en la tierra de Faraón confirma la naturaleza dramática del miedo humano a lo desconocido,

“entonces surgió un nuevo rey sobre Egipto, que no había conocido a José. Y dijo a su pueblo: "Miren el pueblo de los hijos de Israel es más numeroso y más fuerte que nosotros. Tomemos medidas en contra de él para evitar que se multiplique, de lo contrario, en caso de una guerra se unirá a nuestros adversarios, luchará contra nosotros y luego abandonará el país.”(ver Éxodo 1, 8-10).

El hermano que viene de otra nación es visto a menudo como un extraño, un invasor, un individuo que puede romper y poner en peligro nuestra seguridad, las de la ley, las reglas, la cultura, etc. Francisco de Asís también ha experimentado, vivido, este ‘miedo’ hacia el otro, representado, en su caso, por los leprosos de su tiempo, sin embargo, no se ha permitido paralizarse por ningún temor, ni ignorancia, ni por las náuseas de tener que encontrarse con un ‘desconocido-leproso’, ha abierto todo su corazón al encuentro, reconociendo al leproso el derecho a su propia identidad como ser humano al que la dignidad, que proviene de ser criatura de Dios, nunca debe ser negada. El encuentro de Francisco de Asís con el Sultán es también un motivo de reflexión para ver cómo ‘un encuentro puede conducir a una renovación’. En ella Francisco, rechaza el juicio previo de ver ‘al otro como enemigo’, se pone en la actitud de considerarlo como un amigo, un hermano para reunirse, escuchar, abrazar y compartir con él el don de la amistad y la paz. En este sentido se puede decir que ‘el Poverello de Asís’ se convierte en ‘hombre muy rico’, un hombre bueno y justo que entendió que sólo ‘el amor del otro y por el otro’ es el resultado de una relación renovada, que es más fuerte que el poder de las armas, porque de hecho “se trata, pues, de conjugar la acogida que se debe a todos los seres humanos, en especial si son indigentes, con la consideración sobre las condiciones indispensables para una vida decorosa y pacífica, tanto para los habitantes originarios como para los nuevos llegados”.⁴

Para poner en práctica la vida evangélica que todo cristiano, como miembro de la Iglesia y de la Orden, está llamado a vivir en nuestra vida cotidiana puede ser importante cultivar con conciencia

³Stephen Fumio Cardinale Hamao, Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes, *instrucción, Erga migrantes caritas Christi*, (la caridad de Cristo para los migrantes) no. 10; www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/migrants/document/rc_pc_host.uniroma3.it/progetti/cedir/Eventi/Erga_mig.pdf

⁴Juan Pablo II; Mensaje para la celebración de la XXXIV jornada Mundial de la Paz 2001, no 13.

“la cultura de la acogida que sepa apreciar los valores auténticamente humanos de los demás, más allá de todas las dificultades que implica la convivencia con quienes son distintos de nosotros”⁵ todavía tenemos mucho que aprender de Francisco de Asís.

Los franciscanos seculares en el mundo de hoy

El Concilio Vaticano II y la Regla de la OFS de 1978, han aclarado el papel de los laicos en la Iglesia y en el mundo, recordando a todos los fieles de la misión bautismal a la que, sin ninguna exclusión, todos estamos convocados: “hechos partícipes a su modo del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano”⁶. Y es en este contexto que todos los miembros de la Orden Franciscana Seglar en el día de su profesión, están llamados a renovar las promesas bautismales para comprometerse a vivir el Evangelio en el mundo de acuerdo con el ejemplo y las enseñanzas de Cristo, inspirados por los *escritos* de Francisco y siguiendo la *REGLA* de la OFS⁷. Por su condición secular, a los franciscanos seculares les compete, por tanto, testificar que el carisma y la espiritualidad franciscana lo han de vivir en los “diferentes aspectos de la vida, como la familia y el trabajo, en la alegría y en el sufrimiento, con la presencia y la participación en la vida social, en la relación fraterna con todas las criaturas, hasta en el encuentro con todos los hombres, todos hermanos en el mismo Padre” (OFS GGCC art.12;). El desafío generado por el rápido cambio y a veces por el deterioro de los valores morales y tradicionales de la familia y de la sociedad, debe comprometer a cada miembro de la OFS para vivir verdaderamente su identidad como secular franciscano, que debe estar arraigado en el Evangelio de Jesús que continuamente invita al testimonio más alto, visible y eficaz sin olvidar nunca que la misión confiada a cada bautizado, requiere una búsqueda continua del rostro de Dios en el hermano y en cada situación de la vida. Jesús nos recuerda esto, cuando dice que: “... Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber; era **un forastero y me acogiste**, desnudo y me vestiste, enfermo y me visitaste, encarcelado y has venido a verme”. (Mt 25.35-36) En todas estas situaciones, la coherencia de la fe nos ayuda y nos empuja a ver a cada hombre como hermano, a amarlo como a nosotros mismos, en un respeto más profundo por el mandamiento evangélico del amor. Una ética de reciprocidad puede ayudar al hombre a encontrar soluciones permanentes a las muchas discriminaciones e indiferencias de nuestro tiempo. El mundo necesita ‘personas renovadas en el amor’ que no tengan miedo de ensuciarse las manos al servicio de los demás, personas que reconozcan que han sido llamadas no a existir para sí mismas, sino para Cristo y para el mundo.

Por lo tanto, los franciscanos seculares están llamados a “comprometerse a reflexionar sobre la fe en la Iglesia, en su misión en el mundo de hoy y en el papel de los laicos franciscanos en ella...” (ver OFS GGCC art.14.1). Para no frustrar el compromiso de su misión en el mundo, todo miembro de la OFS nunca debe olvidar el hecho de que, aunque está llamado a vivir en un mundo ateo, herido por la indiferencia de la división y del individualismo, “el Bautismo no los quita del mundo, tal como lo señala el apóstol Pablo: “Hermanos, permanezca cada cual ante Dios en la condición en que se encontraba cuando fue llamado”(1Cor 7, 24); sino que les confía una vocación que afecta precisamente a su situación intramundana. En efecto, los fieles laicos, “son llamados por Dios para contribuir, desde dentro a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el

5 *Erga migrantes caritas Christi*, no 39

6 *Christifideles Laici*, 9.

7Cfr. OFS, Rito de la profesión de vida evangélica no. 31

ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico, y así manifiesta a Cristo antes al demás, principalmente con el testimonio de su vida y con el fulgor de su fe, esperanza y caridad.”⁸

La OFS entre los signos de los tiempos de hoy

El mundo sociopolítico parece abrumado por la influencia de las estadísticas sobre la inmigración con la consecuencia de generar debates contradictorios que no conducen a soluciones satisfactorias y duraderas. Vivimos en una época en la que, para algunos, Dios no forma parte de sus vidas, una época en la que los mundos de la religión y de la política son totalmente divergentes, incapaces de formular un diálogo de encuentro y de compartir ideas que pretendan invitar a buscar y encontrar, juntos, soluciones valientes y adecuadas. Las tensiones políticas, sociales y económicas del mundo se intensifican cada día más y se convierten en un verdadero desafío para los miembros de la OFS, que deben tratar de vivir su ‘laicidad’ en el sentido más profundo, testimoniando una mirada fija en Dios y a la vez siendo comprensivos con las necesidades del mundo. Este es un deber que debe abordarse con ‘sensibilidad y creatividad franciscana’, siempre buscando modelos, de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia y coherentes con el carisma franciscano. Con respecto a la Pastoral para los Migrantes, la Iglesia siempre ha ofrecido, y sigue ofreciendo, orientación específica. Desde la Constitución Apostólica **Exsul Familia**, del Papa Pío XII editado el 1 de agosto de 1952, hasta los muchos otros documentos producidos por el Concilio Ecuménico Vaticano II, “se desarrollaron importantes líneas directrices sobre esa pastoral específica, invitando ante todo a los cristianos a conocer el fenómeno migratorio y a darse cuenta de la influencia que la migración tiene en la vida.”⁹ La Iglesia siempre ha tratado de acercarse al fenómeno de la migración con una mirada evangélica, según el testimonio del “buen samaritano” que se preocupa por el amor y la disponibilidad de los medios que su hermano necesita, invitando a los fieles a acercarse a cada hombre como ¡hermano entre hermanos!

En el pontificado del Papa Francisco se nos recuerda constantemente la importancia de cuidar de los migrantes, un desafío continuo en la vida para todos, tanto de la Iglesia como de los políticos. Todos debemos ser conscientes de que “al preocuparnos por ellos, también estamos interesados en nosotros, de todos; cuidando de ellos, todos crecemos; escuchándolos, también damos voz a esa parte de nosotros que tal vez nos mantenemos ocultos porque hoy en día no está bien visto”¹⁰ El Papa nos insta a estar cerca de los migrantes, encomendándolos a la protección de la Virgen y como gesto de afecto, introdujo a las letanías lauretanas “*Solacium migrantium*” (Socorro/ayuda de los migrantes)¹¹ Con esta inclusión, el Alto Pontificio quiere llamar la atención al mundo creyente a una misión de nuestro tiempo, en que todos los bautizados deben renovar su testimonio con una mirada cristiana de inclusión. En esta intercesión específica de la Virgen María para todos los migrantes y

⁸*Christifideles Laici*, 15

⁹*Ergas migrantes caritas Christi*, no. 21

¹⁰Papa Francisco, 105ma Jornada Mundial del Migrante y Del Refugiado, Editorial Vaticana, 29 de setiembre del 2019, www.vatican.va/content/francesco/it/messages/migration/documents/papa

¹¹Robertus Card. Sarah, Carta del Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos a los Presidentes de las Conferencias Episcopales sobre las invocaciones “*Mater misericordiae*”, “*Mater spei*”, e “*Solacium migrantium*” que se incluirán en las Letanías Lauretanas, 20.06.2020; press.vatican.va/content/salastampa/it/bolletino/pubblico/2020/06/20/035.

refugiados, no sólo estamos invitados a la oración, sino también a hechos concretos, es decir, a ser de ayuda y cercanía a todos en nuestros hermanos y hermanas migrantes.

Los franciscanos seculares, llamados a participar en la Misión de la Iglesia en el mundo, deben inspirarse en la forma evangélica que han prometido vivir, encontrando los caminos más apropiados y concretos para poner en práctica y adaptar las enseñanzas de la Iglesia a la realidad en que viven. Una mirada cuidadosa de los signos de los tiempos puede ser de gran ayuda para los hermanos y hermanas de la Orden Franciscana Seglar el reconocer la necesidad de renovar la vocación en el mundo, en la Iglesia y en la Orden. También es urgente preguntarse sinceramente qué significa ser miembro de una fraternidad: ‘¿Quién pertenece a esta fraternidad de Dios?’, reflexionando sobre la provocativa pregunta de Jesús ‘¿quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?’ (Mc 3.33). Teniendo “en cuenta el fenómeno actual de la migración como un ‘signo de los tiempos’ muy importante, un desafío a descubrir y valorizar en la construcción de una humanidad renovada y en el anuncio del Evangelio de la paz”¹² nos damos cuenta de que la migración también obliga a una reestructuración religiosa diversificada y compleja.

La Iglesia, a través del Evangelio, nos revela la identidad del hombre como imagen de Dios, sin distinción de religión o raza, y en esta perspectiva los franciscanos seculares pueden llegar a ser o ser ya protagonistas de la defensa de la dignidad humana de todos los que se ven obligados a abandonar su patria. De este modo pondrán en práctica el carisma “buscando profundizar, a la luz de la fe, los valores y las opciones de la vida evangélica”¹³ testimoniando una vida evangélica que logra derribar cada frontera, en la conciencia que “la caridad se convertirá entonces necesariamente en servicio a la cultura, a la política, a la economía, a la familia, para que en todas partes se respeten los principios fundamentales, de los que dependen el destino del ser humano y el futuro de la civilización”¹⁴.

Conclusión

El simple hecho de que la historia muestra que la humanidad siempre se ha caracterizado por el fenómeno de la migración, debe ser de alguna manera una razón para aceptar, acoger y ayudar al inmigrante a formar parte de la nueva comunidad en la que se encuentra viviendo. Desafortunadamente, en el mundo de hoy, la diversidad, la modernidad, el exclusivo ‘yo’ que importa más que *el* inclusivo ‘nosotros’, se ha convertido en una ‘forma de vida’. Es reconfortante que muchas de las fraternidades OFS hayan puesto en marcha varios proyectos para ayudar a los inmigrantes a integrarse a su nueva sociedad, aunque hay todavía muchos desafíos, incluso frente a los muchos países donde los políticos adoptan el “*free movemen and free market*” (la libre circulación y el libre mercado) con el consiguiente aumento de prejuicios y restricciones contra los extranjeros, destacando aún la clausura y la hostilidad contra los llamados “no miembros” de la propia nación, tribus, idioma, etc.

12 *Ergas migrantes caritas Christi*, no.14

13 OFS GGCC art. 8.2

14 Giovanni Paolo II, Lettera Apostolica, ***Novo Millennio Ineunte***, Libreria Editrice Vaticana, Rome 2001,51.

